

ción del artículo definido: Bello estudia las formas *él, ella, ellos, ellas* no en el capítulo del pronombre, sino en el del artículo (junto con sus "abreviaciones" respectivas: *el, la, los, las*), y sostiene que no existe pronombre de tercera persona en español; Isaza expone cuidadosamente las ramificaciones y limitaciones de semejante teoría (pp. 180 ss.).

Otras enmiendas y correcciones a la *Gramática* de Bello son las siguientes: 5) la desafortunada identificación de los conceptos de "epíteto" y "predicado" (p. 141) y de "terminación" y "desinencia" (p. 147); 6) la teoría de que en una expresión como *lo bueno, lo* es un sustantivo y *bueno* un adjetivo que lo modifica (p. 208); 7) la clasificación de *que* como adjetivo en una oración como ésta: "las estrellas son otros tantos soles *que* brillan con luz propia" (p. 233); 8) la clasificación de *que* como sustantivo neutro en oraciones de este tipo: "*Que* la tierra se mueve alrededor del sol es cosa averiguada", en donde el *que*, según Bello, es sujeto de la cláusula subordinada (p. 236); 9) la excesiva simplificación de las funciones de los derivados verbales (omisión de las funciones verbales del infinitivo, p. 255; reducción del gerundio a la mera función adverbial, pp. 269 ss.); 10) la idea de que el participio pasado se sustantiva en los tiempos compuestos con *haber* (pp. 265 ss.); 11) la teoría de que existe subordinación en todos los modos (p. 280); 12) la asimilación de las formas del imperativo a las del optativo (pp. 289 ss.).

Isaza Calderón ha cumplido, sin duda alguna, su propósito de "llegar a una valoración de la obra de Bello que ponga de relieve la gran suficiencia técnica de su autor, gracias a la cual consiguió darle una consistencia raras veces obtenida, que le comunica los caracteres de un libro clásico en los anales de nuestra lingüística"⁵. "No he podido abarcar en el presente volumen —añade— la consideración completa y exhaustiva de la *Gramática* de Bello. Estudiarla en todos los problemas relacionados con la sintaxis exigiría otro libro de discusión apretada y densa" (p. 15). En vista de su claridad expositiva y de su aguda percepción de los problemas gramaticales, es de esperar que ese otro libro no tarde mucho en cuajar y en publicarse.

JUDITH S. MERRILL

Hobart & William Colleges,
Geneva, New York.

MANUEL ÁLVAREZ NAZARIO, *El elemento afronegroide en el español de Puerto Rico*. Instituto de Cultura Puertorriqueña, San Juan de Puerto Rico, 1961; 453 pp.

Ya en *El arcaísmo vulgar en el español de Puerto Rico* (Mayagüez, 1957, pp. 175-181) se había ocupado el autor, brevemente, del elemento léxico de origen africano que subsiste en el habla puertorriqueña. Dedicaba ahora esta amplia monografía al mismo tema, analizando muchas cuestiones que en su estudio anterior quedaban apenas delineadas.

⁵ Sin embargo, en vista de que el libro de Isaza se dirige en primer término a los estudiantes, habría sido conveniente incluir en él una lista ordenada de lecturas sobre teoría gramatical. Asimismo, tanto el estudiante como el especialista hubieran agradecido una bibliografía de libros y artículos referentes a las ideas gramaticales de Bello.

Con gran minuciosidad y manejando una amplia bibliografía traza Álvarez Nazario la historia del elemento humano negro en Puerto Rico, desde el momento de su llegada a la isla (1509) hasta la época actual (cap. 1). En un principio, la corona española sólo permitía la entrada en sus colonias a negros *ladinos* procedentes de la Península, más o menos hispanizados. Pero pronto autorizó la importación de esclavos *bozales*, llevados directamente desde las costas de África. A estas dos corrientes migratorias negras hay que añadir la posterior de los esclavos procedentes de otras islas del Caribe, los cuales llegaban a Puerto Rico hablando diversas lenguas europeas (inglés, holandés, francés). La casi totalidad de los esclavos negros era de procedencia bantú (congos, angolos, mozambiques, etc.) o sudanesa (mandingas, fulas, gangás, minas, yorubas, etc.), y su importación sufrió frecuentes altibajos durante la época colonial; fue en el siglo xviii cuando el elemento negro alcanzó un porcentaje mayor dentro de la población puertorriqueña (52%), pero desde entonces ha ido disminuyendo paulatinamente, hasta reducirse al 20%, según cálculos del censo de 1950.

Tras la precisa introducción histórica, entra de lleno el autor en el estudio del habla de los negros puertorriqueños en siglos pasados y de su repercusión en la lengua actual de la isla, manejando para ello diversos documentos y testimonios históricos, que le permiten reconstruir en parte la modalidad del español usada por los esclavos negros¹. Los rasgos fonéticos más característicos de las hablas sudanesas y bantúes, comunes a la mayoría de todas ellas, son: tendencia a la abertura de las vocales débiles átonas *i, u* (> *e, o* respectivamente); frecuencia de sonidos nasales; carencia de sonidos consonánticos al fin de palabra (salvo nasales, especialmente *-ñ*); ausencia de /l/ y /r/ en su sistema consonántico, o confusión de ambos sonidos en las lenguas que los poseen; frecuente palatalización de ciertas consonantes (*m, n* > *ñ*; *t* > *š* o *č*; abundancia de *š* y *ž*); y ausencia de /s/ (dental) y de /r̄/ (vibrante múltiple). Muchos de estos rasgos se encuentran asimismo en el español hablado por los negros bozales de tiempos pasados (y aun en el español actual de algunas zonas puertorriqueñas); confusión de *e-i* y de *o-u* (p. 128); fuerte nasalización de las vocales (p. 141); indiferenciación *l-r* (aunque es fenómeno de raigambre hispánica; p. 136); sustitución de /r̄/ por /r/ (vibrante simple), y acaso su proceso de velarización (p. 139); nasalización de /j/ y /y/ (> *ñ*; p. 142); empleo de prefijos africanos (morfemas de persona o con categoría de pronombres personales) con oficio de artículo, como *nan, nam* o *nañ* (p. 164), así como de partículas extrañas al español (*ta* + verbo; p. 177); errores de concordancia (pp. 168 ss.); empleo del infinitivo como forma verbal única (p. 175). Otros fenómenos no son seguros: la sustitución de *d-* por *l-* no parece rasgo caracterizador, ya que sólo se documenta en una palabra, *dátil* > *látíl*, recagada así en otras zonas hispánicas²; casos de aféresis comunes a otros dialectos hispánicos de escasa influencia negroide (*'ta, 'tan, 'tuvo* como formas del verbo

¹ No siempre se especifica si el fenómeno analizado pertenece sólo a épocas pretéritas o si subsiste en la actualidad.

² *Látíl* y *látír*, por *dátil*, aparecen en el español de Nuevo México (cf. *BDH*, t. 1, pp. 153 y 184).

estar; ño, ña por señor, -ra; *namorá* por *enamorada*, ya que el verbo *namorar* está ampliamente documentado en la lengua clásica³; la apócope de -l y -r (p. 157), así como la asimilación de r trabada a la consonante inmediata (p. 150), pudieron apoyarse en la repugnancia de las lenguas africanas por los finales de palabra consonánticos, aunque también son fenómenos hispánicos generales (andal. *caló, doló, delantá, canne, hace'le*); sin negar rotundamente su posibilidad, no creo que quede probada la hipótesis de que la aspiración y pérdida de -s final se deba a influencia africana, por ser fenómeno mucho más general (quizá, aquí también, pueda pensarse en el influjo negro como causa coadyuvante).

En el capítulo siguiente ("Léxico afronegroide: su etimología y uso pasado y actual") se estudia con gran minucia y rigor algo más de un centenar de voces de ascendencia africana cierta o posible. De esos términos, sólo unos veinte pertenecen al habla común de Puerto Rico, y los restantes corresponden al lenguaje popular de las zonas costeñas, donde es más alto el porcentaje de habitantes negros⁴.

De nuevo debemos expresar al profesor Álvarez Nazario nuestro reconocimiento por su valiosa aportación al estudio del habla hispanoamericana y por su seria dedicación a los problemas dialectales de Puerto Rico. En este libro plantea algunos problemas de enorme interés, y las soluciones que para ellos propone son muy dignas de tomarse en consideración.

J. M. LOPE BLANCH

Universidad Nacional de México.

PETER BOYD BOWMAN, *El habla de Guanajuato*. Universidad Nacional Autónoma, México, 1960; 441 pp. (*Publicaciones del Centro de Estudios Literarios*).

La dialectología mexicana permanece todavía en estado embrionario; los estudios sobre el español de México publicados hasta ahora son muy pocos; y las monografías serias apenas llegan a la media docena. Ciertamente que Henríquez Ureña hizo observaciones penetrantes y exactas, pero de carácter muy general, sin entrar en detalles y sin detenerse nunca a realizar estudios particulares sistemáticos. Investigaciones de importancia son, sin duda, las de Marden y Matluck sobre el habla de la capital

³ Cf., por ejemplo, F. RODRÍGUEZ MARÍN, *Dos mil quinientas voces castizas...*, Madrid, 1922, p. 257, con testimonios de Boscán, Arias Montano y el Romancero.

⁴ Algunos comentarios más: *Quimbambas* (p. 204) se usa también en España, aunque no lo consignen el DCEC ni el DRAE. *Ora*, por *ahora*, es común en todo México y en otros muchos países hispánicos desde antiguo, por lo que no caracteriza al habla de los negros de Cuijla (p. 148). Quizá la acepción 'mono' que pose la voz *chango* no se derive de la de 'persona bromista, tonta y remilgosa', sino que realmente sea lo contrario (p. 243). La costumbre de "mentar la madre" como forma de insulto rebasa los límites de lo africano, aunque coincida con los hábitos de la lengua kikongo (p. 187, nota). Para el estudio de la palabra *bululu* es importante el artículo de P. GRASES, "La idea de *alboroto* en castellano", *BICC*, 6 (1950), 384-430. Quizá hubiera sido conveniente usar transcripciones fonéticas en el caso de ciertas palabras de origen africano, pues las grafías empleadas no son siempre enteramente comprensibles para los legos en aquellas lenguas.